SEMANA SANTA EN OCAÑA COMO EL AYAPANECO MEXICANO

Mario Javier Pacheco García*

En medio de lluvias, inundaciones y taponamientos viales del invierno más dramático que nos ha tocado vivir, llegó la Semana Santa de la que hay registros en Ocaña desde 1649, como una de las más tradicionales y que durante la décadas del 50 y 60 compitió con la de Popayán y superó ampliamente en fieles, pasos y recogimiento a la de Pamplona.

Monseñor Manuel Benjamín Pacheco en su “Monografía Eclesiástica de la Parroquia de Ocaña” abunda en detalles sobre cómo, con el correr de los años esta ciudad se convirtió en un destino de turismo religioso por la fama y la pompa de la semana santa

Cuenta que el Santo sepulcro fue tallado en 1856 por el mejor ebanista de la ciudad, José Marín, contratado por don Justo Lemus, cuya familia lo conservó y cuidó por más de 70 años, hasta que en 1933 se derrumbó parte de la casa, y el Santo Sepulcro con algunos daños fue donado por la familia a la curia. Y cuenta también que en 1873 el padre José Antonio Acosta trajo de Francia las imágenes sagradas, que costaron 300 pesos cada una, a cargo de: “El señor de la Columna de Diego Alejandro Jácome, el Señor Resucitado del ex gobernador Juan C. Pacheco Zúñiga, el Ecce Homo de don Pedro Pacheco, la Imagen de la Verónica, de Jácome Monroy Hermanos y la Pura y Limpia, por parte de Quintero Jácome Hermanos” Desde entonces admiramos las preciosas imágenes que presiden nuestras procesiones y que recuerda Monseñor Pineda, “el lunes salía de la catedral, el martes de san Agustín, el miércoles de San Francisco y el jueves de la Catedral de Santa Ana” Hoy solo subsiste la de la catedral.

La ciudad cambiaba radicalmente y el espíritu extrovertido y alegre de los ocañeros se transformaba en recogimiento, las iglesias se atestaban, no se escuchaba ninguna clase de música, ni siquiera la clásica, solo el sermón de las Siete Palabras retumbaba en emisoras amplificadas con parlantes en los barrios, y a pesar de tanto fervor y oración la ciudad parecía vivir una extraña fiesta.

Las imponentes procesiones conformadas por millares de residentes y turistas, vestidas las mujeres con trajes nuevos, de amplios pollerones y hermosas mantillas, y los hombres con “flus” de dril en colores blanco, verde, cacao o gris, saco corto y pantalón ancho con dobladillo externo, algunos luciendo cotizas nuevas en cuyas suelas podían leerse letras de la marca Goodyear, herencia de su antecesora, la llanta.

Me recuerdo a mis diez años, sentado una mañana de Jueves Santo sobre la cama de mi abuelo Ángel, el viejo herrero de Tacaloa, junto a mis hermanos Nando y Marta, midiéndonos el vestido, las medias y los zapatos nuevos, porque invariablemente todos, ricos y pobres, estrenábamos en Semana Santa y caminábamos en medio del gentío de las procesiones, portando farolitos de papel seda y base de madera.

Lástima aquellas épocas cuando personajes adinerados y reconocidos, salían el jueves y viernes santo cargando cruces y haciendo público arrepentimiento por sus pecados, en actitud de contrición que ya quisiéramos ver hoy en algunos políticos de nuestros días.

Las fiestas religiosas son primas del regocijo, del baile y el consumo de bebidas que la iglesia quiere combatir, por eso parece extraño que nadie menos que Monseñor Pacheco las defienda en 1934, afirmando que: “Estas fiestas eran motivo de atracción para las gentes sencillas de los campos y aunque daban a la ciudad un tinte arcaico, resultaban útiles a la actividad comercial, por la afluencia de espectadores que venían a la población” y añade: “Últimamente, con motivo de prohibirse las antiguas danzas de “diablitos” y “Cucambas”, que precedían a la procesión, ha decaído mucho esta festividad.”

El antiguo ceremonial entró en desuso, y hoy con tristeza estamos ante una manifestación religiosa cultural en vía de extinción, como el idioma Ayapaneco en Tabasco, México, donde solo hay dos personas que lo hablan y estas se odian, es decir, no se hablan.

Valga la ocasión para mencionar que en 1873 fundó el padre José Antonio Acosta la congregación de Los Nazarenos, organizada en 1903 por el Padre Sebastián Álvarez, y constituida en 1908 como hermandad de Jesús Nazareno, la misma que en 1978

adquiere personería jurídica y que hoy preside Ciro Areniz, con la mística de los cargueros que heredan a sus hijos la tradición familiar, las sandalias, el hábito con su cucurucho y especialmente la devoción y el compromiso que apreciamos anualmente.

Pasada la Semana Santa regresará, con toda su fuerza el trajinar político, porque el lunes 25 estaremos a poco más de un mes de la consulta interna, un mecanismo nefasto para candidatos y partidos, porque los desgasta y los divide, y lo que es peor, por no poder identificar a quienes tienen el derecho a votar, lo hacen militantes de otros partidos, con el solo objeto de hacer daño.

Este comentario circula hoy en el diario El Frente y lo puede leer en www.funeducar.net

Historiador, ex director de Diario de la Frontera en Cúcuta